

«El realismo de Pío Baroja sin esquemas ideológicos previos no ha arraigado aquí»

Iñaki Ezkerra ofrece en 'La voz de la intemperie' su personal visión del escritor donostiarra

LA VOZ DE LA INTEMPERIE
AUTOR
Estilo: Ensayo.
Editorial: Ipsy Ediciones.
Páginas: 96.
Precio: 10 euros



Iñaki Ezkerra, durante la presentación en Bilbao de 'La voz de la intemperie'. :: BORJA AGUDO

El volumen se publica dentro de la colección que Ipsy Ediciones dedica a glosar al autor a través de la percepción de escritores actuales

:: ALBERTO MOYANO

SAN SEBASTIÁN. El escritor y crítico literario Iñaki Ezkerra (Bilbao, 1957) llegó de niño a la obra de Pío Baroja, en su huida de las lecturas prescritas por sus padres: la serie de Los Cinco, de Enid Blyton y la literatura edificante de Luis Martín Vigil. Y lo hizo a escondidas, espoleado por las promesas que se adivinaban tras 'La sensualidad perversa', un título que si no proporcionó del todo al precoz lector lo que auguraba, si que sirvió de puerta de entrada a la literatura del escritor donostiarra, en donde encontró «la actitud vital o antivital» con la que se identificaba.

Ahora, Ezkerra firma el decimonoeno volumen que la editorial Ipsy –en la colección 'Baroja & Yo' dedicada en exclusiva a la reivindicación de la obra del autor de 'Zalacain el aventurero'– ha publicado bajo el título de 'La voz de la intemperie'. En esta serie, por la que han pasado autores como Sergio del Molino, Andrés Trapiello, Jon Juaristi, Soledad Puértolas o Luis Antonio de Villena, diversos escritores rememoran sus lecturas del autor de 'El árbol de la ciencia' y glosan la figura del escritor. En el caso de Ezkerra, 'La voz de la intemperie' le sirve de excusa para desempolvar vie-

jos recuerdos: «La propuesta era dar una visión personal y explicar por qué para ti Baroja es importante, por qué te acercaste a su obra y qué te descubrió. He tratado de desenterrar fantasmas de la memoria y de recuperar recuerdos. No se pedía un ensayo académico, sino una memoria personal. Ahora, he procurado no hacer sangre con nada».

Bien: esto último no es exacto. Fiel a su estilo, el escritor bilbaíno aprovecha su recorrido por la obra de Baroja para dar rienda suelta a sus demonios, desde el nacionalismo vasco hasta la administración autonómica en sus diversas manifestaciones, pasando por el realismo mágico, «los cocineros pedantes», «los locutores de ETB» o incluso 'Juego de Tronos', a cuya 'Madre de Dragones' no duda en tachar de «rubia pijo-rancia».

«Mujeres valientes»

En su texto, Ezkerra se adhiere no sólo a la obra, sino también al pensamiento barojiano y desmonta tópicos y clichés en torno al escritor vasco. Por ejemplo, su supuesta misoginia. «Baroja es realista. Él era un poco parado» con las mujeres, admite Ezkerra, que de inmediato aclara: «No la halaga, ni la elogia, ni se dedica a cantarla, no se hace el feminista, ni nada por el estilo, la trata como es y la aprecia tal cual». El escritor bilbaíno recuerda que «Baroja nace en el siglo XIX, no puede tener los ojos de hoy, pero hay un aprecio de la mujer en su valía intelectual y moral. Las que aparecen en sus novelas son valientes, emprendedoras y trabajadoras, tienen

siempre un criterio propio». Y cita un ejemplo: «En 'Los caprichos de la suerte', aparecen dos mujeres, Gloria y Julia, que antes que atarse a un hombre prefieren irse a trabajar en un hotel en Suiza. No creo que haya un escritor que escuche a la mujer como lo hace Baroja». De hecho, tal y como recuerda Trapiello, la hoy recuperada y reivindicada Elena Fortún tenía a Baroja por el más grande novelista español de la época.

En opinión de Ezkerra, «ahora hay escritores que quieren ser feministas, pero siempre es un poco forzado y estereotipado. Una cosa que me gusta de Baroja es que sus personajes nunca responden a un guion ideológico, ni nada por estilo, los deja respirar porque quiere que sean reales y éstas no están hechas por un patrón ideológico. Las personas reales nos podemos aproximar o no

a las ideologías, y la mayoría de las veces las traicionamos, pero a Baroja le interesa contar la realidad», una actitud extensible a sus descripciones del País Vasco. De hecho, las acusaciones de misoginia que han sobrellevado a Baroja y que según Ezkerra hoy se le podrían formular «desde el feminismo radical, fueron obra del franquismo porque Baroja no se había casado, había ido por libre y no respondía al esquema familiar tradicional. Detrás de ese tópico lo que hay es una acusación ñoña y pazuata de la mentalidad más tradicionalista».

También se rechaza en 'La voz de la intemperie' el antisemitismo de don Pío, a juicio del autor, «un tópico más, forzado y que no responde a la ética de Baroja. Sobre eso ha hablado su sobrino. En Baroja hay una cosa que se ve al leerle y es que no era un fanático en nin-

gún aspecto. Por un lado, se habla de la manipulación de ese libro –'Comunistas, judíos y demás ralea'–, cuyo contenido desmintieron Julio Caro Baroja y otros. Hay una labor de maquillaje en la que intervinieron personajes de la Falange y el fascismo español. Por otro lado, no fueron los genuinos falangistas españoles porque la versión española del fascismo no fue especialmente antisemita. Lo que hubo fue una embarcada en la que Pío Baroja no tomó parte.

En cuanto a la supuesta división entre el Baroja urbano de 'La Busca' y el ciclo de novelas madrileñas, y el Baroja rural, tampoco hay caso, siempre en opinión de Iñaki Ezkerra. «No hay una antítesis entre el hombre urbano y el del campo. De hecho, en su propia vida supo conciliar perfectamente sus estancias en Madrid con sus viajes para terminar en Bera de Bidasoa. Las facetas urbana y rural responden a una trayectoria vital. Y no necesita la cosmética de la 'magia potagia', del realismo mágico y de todas esas cosas».

De carácter escéptico

Tampoco fue un seguidor de la filosofía de Nietzsche. «Por no ser, Baroja no era ni eso. Podía serlo en la violencia con la que se expresa contra el racionalismo, pero por carácter, fue un ser muy escéptico, también hacia la condición humana, así que difícilmente se podía entusiasmar con la idea del 'superhombre'. Y por supuesto, todo lo que fue el nazismo le repugnaba profundamente, al igual que el franquismo, que censuró sus novelas», señala.

Lo que sí reivindica Ezkerra es la condición de «políticamente incorrección» de Baroja aún muchos años antes de que se acuñara el término. «Lo es antes de que se hubiera creado esa doctrina política, que en algunos aspectos tiene su justificación. No se trata de ponernos estupefactos, pero es verdad que tiene sus exageraciones, sus degeneraciones y sus tonterías, como el lenguaje inclusivo. En esos excesos, Baroja hoy se estaría riendo de risa».

La obra de Baroja cuenta con grandes defensores y también con detractores, aunque si es cierto que en general no se cuestiona su calidad literaria, también lo es que resulta un perfecto desconocido fuera de nuestras fronteras. Ezkerra suscribe la apreciación, pero sube la apuesta: «Donde es un gran desconocido es en España porque inaugura una tradición que luego no tiene mucha continuidad. El realismo barojiano coincide con la literatura norteamericana. En EE UU se renueva la tradición realista, siempre hay un escritor que cuenta cómo es su sociedad, mientras que en España desde Baroja no ha habido una tradición de retratar a la sociedad de su tiempo». A su juicio, «influyeron muchas cosas», entre otras, que «la novela española toma unos derroteros experimentales –y estoy pensando en los Martín-Santos y en los Benet–. La novela realista que fotografía su sociedad sin esquemas ideológicos previos no ha arraigado mucho aquí. Leyendo a Baroja sabes perfectamente cómo eran los españoles del primer tercio del siglo XX».

Convertir San Juan de Gaztelugatxe en Rocadragón

En contraposición con el realismo extremo de Pío Baroja, Iñaki Ezkerra sitúa a los cultivadores vascos del «realismo mágico» y la «macondonización» de Navarra. «Es que cuando convirtieron virtualmente San Juan de Gaztelugatxe en Rocadragón era un horror. Un buen símbolo de la Euskadi de cartón-piedra que te-

nemos, con un vasquismo impuesto, más falso que la mala moneda, cuando la realidad es que es un islote bien bonito, con esa ermita de marineros que salvaron la vida después de naufragar». Ezkerra se pregunta: «¿Por qué aportar una falsa magia a un lugar que ya es mágico? La magia real es que ese sitio es maravilloso por sí mismo. Hay aventuras, gente que estuvo a punto de perder la vida del mar y que luego dejó allí prendas y muletas... Me molesta esa magia falsa y cosmética porque oculta la belleza de lo real».